MINISTERO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

Maldito el que confía en el hombre.

(Reflexión)

Hay algo profundamente humano en nuestra inclinación a confiar en los demás. Desde pequeños, aprendemos a buscar refugio en las palabras y promesas de quienes nos rodean: padres, amigos, líderes. Pero la Biblia nos confronta con una verdad que, aunque incómoda, está destinada a liberarnos: *"Maldito el hombre que confía en el hombre"* (Jeremías 17:5). Estas palabras parecen duras al principio, ¿no es así? Sin embargo, si las desmenuzamos con cuidado, descubrimos que Dios nos está invitando a mirar más allá de lo visible, hacia una confianza que realmente nos sostiene.

La confianza en el hombre puede ser una trampa sutil. No es que sea malo depender de otros o construir relaciones significativas; al contrario, Dios nos diseñó para vivir en comunidad. Pero cuando colocamos toda nuestra esperanza en lo humano, ya sea en nuestras fuerzas, en una figura de autoridad o incluso en nuestras relaciones más cercanas, nos exponemos a un peligro espiritual. El profeta Jeremías lo explicó con claridad: cuando confiamos principalmente en lo humano, nos alejamos del Señor, quien es la fuente de nuestra verdadera fortaleza. Es como intentar llenar un pozo infinito con un balde de agua; tarde o temprano, nos quedamos vacíos.

En la vida diaria, la tentación de confiar en el hombre se presenta de muchas maneras. Tal vez nos apoyamos demasiado en un amigo, esperando que resuelva todos nuestros problemas, o pensamos que un ascenso en el trabajo nos dará la seguridad que anhelamos. Incluso podemos caer en la trampa de creer que nosotros mismos somos suficientes, que no necesitamos a Dios porque podemos manejar todo con nuestras propias habilidades. ¿Te has sentido así alguna vez? Esa autosuficiencia puede ser engañosa, un espejismo que promete estabilidad pero que, al final, nos deja con las manos vacías.

La Biblia ofrece numerosos ejemplos de lo que sucede cuando ponemos nuestra confianza en el lugar equivocado. Pensemos en el Salmo 146:3, que nos advierte: *"No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación"*. O en Proverbios 29:25, que nos recuerda que *"el temor del hombre pondrá lazo, pero el que confía en el Señor será exaltado"*. Estos pasajes no son amenazas, sino recordatorios amorosos de que solo Dios es inquebrantable. Él nunca miente, nunca falla y nunca deja de amarnos.

Cuando confiamos exclusivamente en lo humano, las consecuencias no tardan en aparecer. Nos enfrentamos a decepciones, porque las personas, por muy buenas que sean, son imperfectas. Nos volvemos inestables, como un barco sin ancla, porque nuestra seguridad depende de factores que no podemos controlar. Y lo más preocupante es que, al confiar más en lo creado que en el Creador, nos alejamos de Dios, perdiendo la verdadera bendición que Él desea darnos. Es como intentar caminar en la oscuridad sin una lámpara; tropezamos una y otra vez.

En contraste, confiar en Dios nos da una firmeza que nada en este mundo puede ofrecer. Su fidelidad es como una roca en medio de una tormenta. Cuando descansamos en Él, no solo encontramos paz, sino también transformación. Nuestra fe crece, y con ella, nuestra capacidad de enfrentar los desafíos de la vida. ¿No es maravilloso saber que, aunque todo lo demás falle, Dios permanece constante?

Pero, ¿cómo aplicamos todo esto en nuestra vida diaria? En primer lugar, podemos evaluar nuestras relaciones con honestidad. ¿Estamos esperando que alguien más cumpla un rol que solo Dios puede desempeñar? En el contexto del matrimonio, por ejemplo, es fácil caer en la tentación de cargar a nuestro cónyuge con expectativas imposibles, esperando que nos complete o nos haga felices. Sin embargo, la verdadera felicidad proviene de nuestra comunión con Dios, no de lo que otro ser humano pueda ofrecernos.

Por otro lado, cultivar una confianza más profunda en Dios requiere intencionalidad. Es un proceso diario de rendirnos a Él, de buscar Su guía y de permitir que Su Gracia nos transforme. Imagina que nuestra relación con Dios es como un jardín; necesita ser regado constantemente con oración, lectura de Su Palabra y comunión con otros creyentes. Solo entonces veremos frutos duraderos.

En última instancia, vivir centrados en Dios nos libera. Nos libera del peso de depender de otros y de las cadenas de la autosuficiencia. Nos permite amar a las personas desde un lugar de plenitud, sin exigirles lo que no pueden darnos. Nos convierte en testigos vivos de la fidelidad de Aquel que nunca falla.

Así que hoy, preguntémonos: ¿Dónde está nuestra confianza? ¿Estamos apoyándonos en algo temporal o en el Dios eterno? Al final, confiar en Él no es solo una elección sabia; es el camino hacia una vida abundante y verdaderamente plena.

Aplicación práctica: Cada día, podemos tomar pequeños pasos para confiar más en Dios. Podríamos comenzar entregándole nuestras preocupaciones en oración, recordando que Él tiene el control. También podríamos reflexionar sobre las veces que hemos puesto expectativas indebidas en otras personas y pedirle a Dios que nos ayude a liberar esa carga. Finalmente, al enfrentar decisiones importantes, busquemos primero Su guía, confiando en que Él siempre desea lo mejor para nosotros.

GLORIA A DIOS !!!

Que Dios bendiga tu vida en la abundancia que Jesús hizo disponible.

En su servicio, Daniel Liandro.

“En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia”. (Prov. 17:17)